

y Catral. A partir de la expulsión de los moriscos, esta región meridional constituyó un foco de inestabilidad a causa de la dureza de los nuevos pactos feudales y de las tensiones producidas por el extraordinario crecimiento demográfico.

Las revueltas valencianas—especie de simbiosis entre lucha antiseñorial y motín de hambre— se incluyen en el fenómeno de «reacción feudal» generalizado en Europa durante la segunda mitad del XVIII y, como señala Palop, ponen en evidencia «las contradicciones entre el campesino sureño y el dominio feudal, entre el sistema feudal y el crecimiento económico de la zona»; y también, como apunta P. Vilar, «entre las estructuras municipales y las exigencias populares». ■ **BEL CARRASCO.**

INICIOS DE LA LIBERACION HOMOSEXUAL

Se tiende a considerar a los movimientos de liberación homosexual como algo nacido hoy —o, como mucho, ayer—, y su primera manifestación pública multitudinaria la que acaeció en Nueva York en 1969, cuando miles de homosexuales, hombres y mujeres, acompañados en algunos casos por sus familias, clamaron públicamente contra una ley que les oprimía injustamente. Estos movimientos, que tuvieron su resurgir en mayo de 1968, como tantas otras formas de contestación al aparato represor de lo cotidiano, y que no han aparecido en España hasta el año 75 —dando pie a su aparición a que algún político de la izquierda respetable se cubriera de ridículo recordándonos la decadencia de Grecia y Roma—, son en realidad historia antigua, como nos viene a recordar el libro de **John Lauritsen y David Thorstad, «Los Primeros Movimientos en Favor de los Derechos Homosexuales, 1864-1935»** (1).

El libro va prologado por Juan Gil-Albert, escritor de probada honestidad, sólo equiparable a su buen decir, que parece el único en nuestro país —junto con Juan Goytisolo— capaz de asumir hasta sus últimas consecuencias una condición con-

flictiva. Se trata de un texto literario e impregnado de nobleza, que sirve de perfecta introducción a las páginas que siguen.

El realidad, se nos habla aquí del nacimiento de la misma palabra «homosexual», acuñada en 1864 por el doctor Benkert, de nacionalidad húngara, que en 1869 escribió una carta abierta al Ministro de Justicia alemán, protestando contra la discriminación de que eran objeto los homosexuales en Alemania y en todo el mundo. Desde entonces, se nos van narrando las peripecias de los distintos grupos que tomaron la defensa de la homosexualidad como práctica de un cierto amor, de una cierta forma de relación entre individuos, desde el «Comité Científico y Humanitario», fundado en Alemania en 1897 por Magnus Hirschfeld, neurólogo y sexólogo, hasta el Sexpol de Wilhelm Reich. Aunque la mayor parte del libro esté dedicada a los movimientos homosexuales en Alemania, país que desarrolló la actividad de lucha en favor de la liberación sexual muy activamente, también se habla de esta actividad en otros tres países: los Estados Unidos, Inglaterra y Rusia. Este último país merece especial atención: en diciembre de 1917, el gobierno soviético acabó con todas las leyes que discriminaban a los homosexuales, así como con la mayor parte de las leyes que reprimían la sexualidad libre, como un paso más en la revolución social que había emprendido el pueblo ruso. Grigori Batkis, director del Instituto Moscovita de Higiene Social, publicó un libro titulado «La revolución Sexual en Rusia», que reflejaba el punto de vista oficial de los bolcheviques sobre el tema. En él puede leerse que «La legislación soviética declara la absoluta no interferencia del Estado y la sociedad en los asuntos sexuales, siempre que no se lesione a persona alguna y que no se perjudiquen los intereses de nadie». Incluso mucho más adelante, en la Gran Enciclopedia Soviética de 1930, se presentaban puntos de vista favorables al libre ejercicio de la sexualidad, y se citaba de manera elogiosa la figura de Magnus Hirschfeld. Pero en 1934, en plena época stalinista, este estado idílico terminó. En enero se produjeron detenciones masivas de homosexuales en Jarkov y Odessa, y en marzo se introdujo una ley que castigaba los actos homosexuales con hasta ocho años de cárcel.



Algo que queda claro en este libro, son las relaciones estrechas entre los movimientos de liberación homosexual y los grupos de izquierdas, desde social-demócratas a anarquistas. Recoge, por ejemplo, una declaración de la anarquista Emma Goldman: «Considero trágico que gente con una orientación sexual distinta se encuentre proscrita de un mundo que tan poca comprensión ofrece a los homosexuales (...) y no puedo comprender cómo se puede considerar a tales personas como menos valiosas, menos morales, o incapaces de nobles sentimientos y comportamientos que el resto». Y, antes de esto, ya el líder social-demócrata August Bebel había tomado la palabra ante el Reichstag, en 1898, para defender la abolición de la ley que en Alemania castigaba la homosexualidad entre adultos.

El libro de Lauritsen y Thorstad deja constancia de una lucha, desde sus inicios hasta el año 35, año en que la barbarie nazi, por un lado, y el oscurantismo stalinista por otro, la hicieron prácticamente imposible y la relegaron a los más oscuros subterráneos. Y dejan claro también —sin argumentar nunca, sólo con datos y testimonios— dónde está la justicia, dónde está la razón en este caso. La lucha homosexual continúa, y continuará mientras la sociedad siga persistiendo en considerar un delito algo que es una simple cuestión de gustos, de opiniones en materia de sexo. ■ **E. HARO IBARS.**

(1) Tusquets Ediciones Colección Cuadernos Infimos.